





Idilio en el exilio

COLECCIÓN  
LITERADURA

Soma Morgenstern

## Idilio en el exilio

Traducción de Ramón Vilardell Jové y Emma Neuberg



Primera edición: septiembre de 2009

*Esta obra ha sido negociada por medio de la agencia Transmit*

Título original: *Idyll im Exil (Funken im abgrund II)*

© by Zu Klampen Verlag, Lüneburg 1996, 2009  
© de la traducción Ramón Vilardell Jové y Emma Neuberg, 2009  
© de la presente edición: Editorial Funambulista, 2009  
c/ Alberto Aguilera, 8 28015 Madrid

[www.funambulista.net](http://www.funambulista.net)

ISBN: 978-84-96601-73-4  
Dep. Legal: AS-5014-2009

Diseño y maquetación de interiores y cubierta: JMLI

Motivo de la cubierta: © Théo Mey, Photothèque de la ville de Luxembourg

Impresión y producción gráfica: Gráficas Apel

Impreso en España

Reservados todos los derechos. No se permite reproducir, almacenar en sistemas de recuperación de la información ni transmitir parte alguna de esta publicación, cualquiera que sea el medio empleado —electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, etc.— sin el permiso previo por escrito de los titulares del *copyright*.

# Idilio en el exilio



## LIBRO PRIMERO



AQUÍ EL CIELO es diferente: esta impresión cruzó de nuevo la mente de Alfred; se la había llevado en su sueño y con ella se había despertado aquella mañana. La víspera había dado su primer paseo por Dobropolje en compañía del viejo Jankel. Habían tomado el sendero mullido, limpiamente batido, que rodeaba el huerto de Pesje, que pasaba por delante de la herrería, el taller del carretero, los establos, la cochera, y se empinaba poco a poco dando vueltas, pasando a lo largo de las granjas de trigo y los heniles de los que emanaba frescor, para desembocar luego en los prados y los campos labrados. Cuanto más subían, más se extendía el horizonte. La llanura baja

se desplegaba, inmensa. El río, serpiente tornasolada de verde y plata, se escurría entre los campos y los prados hasta donde alcanzaba la vista. La suave ondulación de las superficies se estiraba en un paisaje que parecía tan inmenso como el mar. Sobre la tierra reposaba la línea plana del horizonte, frontera delicada y transparente, y bajo la claridad del cielo el infinito se escapaba hacia todas las lejanías destructivas, dejando apenas a la criatura un único sonido de su lengua formidable, un sonido inaudito: el silencio.

Aquí el cielo es diferente. Alfred estaba frente a la ventana de su habitación y miraba hacia el pueblo. Divisaba el camino vecinal que pasaba bastante cerca del cuerpo del edificio, cortaba el estanque en dos partes muy desiguales, para luego, con una suave curva, reunir las dos partes del pueblo, separado él también por el estanque. Un extremo del estanque, de este lado, parecía poco profundo y estaba cubierto hasta su centro por un bosque entreverado de grandes cañas pardas. Más allá, veía sucederse las chozas de los campesinos y, por encima del agua, un retazo de cielo todavía gris, de un gris profundo y silencioso. Alfred ya había dejado de oír el gran silencio que en los primeros días resonaba en sus oídos; ahora seguía viéndolo con ojos pasmados. Aquí el cielo es diferente, ni muy alto ni muy lejano: bajo este cielo la armonía de toda cosa puede todavía crecer y alcanzar su plenitud.

Abandonado a serenos pensamientos —como suelen tenerse en el campo sólo los primeros días, y cuando se empieza muy pronto la jornada—, a los pensamientos apacibles del alba, Alfred dejó la ventana lateral para plantarse ante la ventana delantera. Desde allí veía la rampa de acceso, los parterres de flores de Pesje con todos sus colores de final de verano, y de nuevo la carretera, que aquí se estrechaba, modesta, simple dique entre dos estanques, para hacerse a continuación —más arriba en dirección al pueblo— al menos cinco veces más ancha. A la izquierda de la cuesta, podía ver el vergel en bajada hasta la orilla del Gran Estanque. A la derecha, el viejo parque descuidado desde tiempo atrás, del cual Alfred había ya contemplado, desde la ventana lateral, las poderosas sombras proyectadas sobre el Estanque Pequeño. Al pie de la vasta ladera, allí donde acababa el dique, el camino del economato se recortaba contra la carretera y, en suave subida, desembocaba en la amplia Alameda.

La casa de su tío estaba en cierto modo alejada de todo ese esplendor, como pudo constatar Alfred. De hecho, debería estar en algún lugar de ese bello parque abandonado. ¿Y qué hay de ese parque? Desde la primera mañana, Alfred quería hacer esta pregunta, pero se olvidaba siempre de hacerla, de tan aturdido que estaba por todas aquellas novedades. ¿Por qué la casa del tío se encuentra justo en el lugar más alejado? ¿Y a distancia de los bellos estanques?

En la Alameda se veía surgir un caballo, un potente caballo blanco atizado que avanzaba caracoleando entre los varales de un carruaje de dos ruedas conducido por el viejo Jankel, quien iba sentado solo en el amplio asiento. El animal avanzaba con trote corto. Al lado de la *brisca*, nombre que se daba a este tipo de carruaje, el tío Welwel andaba soltando un torrente de palabras sobre Jankel. Éste, los ojos gachos, la cabeza vuelta hacia el tío Welwel, soltaba una palabra de vez en cuando. ¿Cómo se explica que mi tío haya ido tan pronto al economato?, se preguntaba Alfred. Si tenía alguna cosa que decirle a Jankel, ¿por qué no haberle esperado aquí? Bien sabe que el viejo tiene que pasarme a buscar para ir a la cosecha de avena...

La discusión entre Welwel y Jankel se apaciguaba a medida que se acercaban. Parecían haberse puesto de acuerdo en lo esencial y tener sólo que examinar aspectos accesorios. Ya no había angustia ni súplica en las miradas de Welwel, y Jankel ya no se inclinaba obstinadamente sobre las riendas como quien presta oídos a un solicitante; y cuando la brisca se detuvo sobre la carretera ante la casa sin tomar la rampa de acceso, la conversación cesó por completo.

—¡Buenos días! —gritó Alfred reclinándose sobre el antepecho de la ventana.

—¡Baja ya! Buenos días... —respondió Jankel.

Alfred cogió su sombrero y sus guantes y corrió hacia la brisca.

—Ves —dijo Jankel a Welwel—, no es tan dormilón como pensábamos.

Alfred se ruborizó y lanzó una mirada incómoda hacia Welwel, quien hacía como que no había oído el comentario de Jankel, pero no por ello dejaba de sonrojarse incluso más que Alfred.

—¡Arriba, querido joven! —dijo Jankel con una voz jovial, y como para hacerse perdonar su reflexión, tendió su mano izquierda a Alfred, quien la cogió, puso un pie en el pequeño estribo de hierro y se encaramó al asiento.

—Pesje nos hará llevar el almuerzo. ¡Volveremos tarde! —gritó Jankel al poner en marcha, rauda, la brisca. Alfred tuvo todavía tiempo de ver a su tío volverse enérgicamente mientras se iba y manifestar con un gesto impotente su desaprobación por tan larga ausencia; pero entretanto Jankel ya había chasqueado dos, tres veces por encima del caballo, y se encontraban ya en el pueblo. El carruaje rodaba blandamente sobre el camino entre dos hileras de chozas. Se oyó el tañido de las cinco y media, cruzaron el pueblo sin mediar palabra. Jankel parecía de humor triste, Alfred estaba apenado por su tío Welwel.



—ESTA PARTE DEL PUEBLO es nueva, como puedes ver —dijo Jankel, rompiendo el silencio; pero Alfred veía de sobras que el viejo se forzaba y entablaba la conservación por pura cortesía.

—Ya veo —dijo Alfred, si bien las pequeñas casas no le parecían tan nuevas.

—Es la parte polaca. Antes nuestro pueblo era casi totalmente ucraniano. Con la guerra se hizo venir a campesinos del Oeste de Polonia.

—¿Y quién les dio la tierra? ¿Se tomó una parte de la de los campesinos ucranianos?

—¡Sólo hubiera faltado esto! —exclamó Jankel con repentina animación—. No. Había en el vecindario, a más o menos media milla de Dobropolje, una pequeña propiedad de unas mil quinientas hectáreas perteneciente a dos hermanos de la aristocracia terrateniente polaca. Uno era oficial en la caballería austriaca; no volvió de la guerra; se dice que se quedó en Rusia, pero no se sabe nada con certeza. El otro, el menor, era un gran deportista. La finca, en estado de abandono, se puso a subasta; al no encontrar comprador, fue a parar a manos del Estado, que la parceló y creó sobre las dos mil hectáreas un asentamiento para los campesinos polacos.

—Me gustaría saber por qué razón la llegada de los campesinos polacos ha multiplicado por...

—Bien visto. Sólo quería estar seguro de que estás bien despierto. Las setecientas cincuenta hectáreas de diferencia, fue tu tío quien las puso a disposición del Estado para los colonos.

—¡Caramba!

Jankel posó sobre Alfred una mirada poco alegre y prosiguió:

—Una bonita tierra cultivable de casi setecientas hectáreas... que tu tío ofreció contra mi voluntad, por supuesto. Algunos años después tuve que reconocer que había procedido de forma algo precipitada, quizás, pero muy avispada. Pasado un tiempo, si no hubiera entregado espontáneamente esas

setecientas hectáreas, le hubieran expropiado por vía forzosa, quién sabe, si mil, ¡... o hasta mil setecientas! Tu tío no es tan inocente como parece. Por lo demás, acuérdate bien de esto: los religiosos son rara vez ingenuos. Y cuando lo son, siempre son más ladinos en su ingenuidad que los más taimados de sus adversarios.

—¿Y cómo van las cosas entre los campesinos del terruño y los nuevos colonos? —inquirió Alfred para desviar el curso de la conversación: incluso aquel día en que su tío le parecía tan impenetrable, quería ignorar los guiños de Jankel.

—Como entre perro y gato. Al principio se temió lo peor. Hay que decir que con sus colonos intentaban *polonizar* la zona fronteriza —como ellos dicen— cuya población es casi enteramente ucraniana. Con el tiempo, la situación se ha apaciguado. Pero nunca acabará de ir bien. En definitiva, los polacos son los dueños del Estado... Dicho esto, los colonos polacos hablan ya perfectamente ucraniano.

—¿Cómo es eso posible?

—Es así. Un misterio.

—Quizá porque los otros son mayoría. La mayoría tira para sí...

—Tal vez. Tal vez... —dijo Jankel, pensativo—. Pero no siempre es así. El número no lo es todo. Aquí mismo donde estamos, los colonos no son minoría. Todo esto es curioso, muy curioso. Tendrás tiempo de verlo por ti mismo.

—Quién sabe si lo tendré, ese tiempo... —suspiró el joven.  
—¿Qué te pasa, chico? —dijo Jankel con voz inquieta, como si surgiera de repente de las profundidades meditativas a las que le había llevado su relato—. ¿Qué pasa?

—Lo sabe mejor que yo, Jankel.

—¿El qué? ¿Qué es lo que se supone que sé?

—... Que mi tío lamenta ya el haberme traído...

—¿Estás loco o qué?

—Si estuviera realmente loco, no estaría conduciéndome al campo de avena...

—Te digo que estás loco.

—¿Por qué no se me despertó entonces la mañana del sabbat para la plegaria?

—¡Pero si te levantaste demasiado tarde...!

—Habrían podido despertarme.

—Dormiste hasta mediodía, y fue Pesje quien impidió que se te despertara. «Pobre muchacho, después de un viaje así...». Ya conoces a la dulce Pesje, discreta como un ratoncito. Pero en la casa todo se dobla a la voluntad de la señorita Milgrom, ¡pobrecita ella...!

—Me da pena contradecirle, señor Jankel, pero el asunto es demasiado grave. Que Pesje no haya querido despertarme, pase. Pero además estoy seguro de que esto le vino perlas a mi tío. Estaba tan contento, tan cordial la tarde del viernes...

—Estaba feliz. Feliz de haberte traído.

—Luego fallé en el sabbat, y desde el domingo se diría que me lo han cambiado: ya no es en absoluto mi tío Welwel, sino un extraño tan triste, tan desasosegado...

Jankel calló. Acababan de cruzar el Pueblo Nuevo a trote ligero. Ahora Jankel conducía con brida corta al potente caballo, y al paso cruzaron junto al cementerio y se dirigieron hacia el prado comunal en el Pueblo Viejo. Una vez estuvieron en el pequeño puente de madera, bajo el cual apenas pasaba un reguero de agua y no crecían a la sombra más que unas pocas hierbas descoloridas, Jankel hizo un alto, se volvió hacia Alfred con el ceño fruncido, surcado por innumerables arrugas y, sin mirarle, le dijo:

—No andas totalmente desencaminado con tus sospechas. Tu tío tiene un peso en el corazón. No es que se arrepienta de haberte traído con nosotros. Se arrepiente sólo de haber actuado precipitadamente. ¡Dichoso hombre! Soy yo quien ha actuado, no él. Desgraciadamente esto no cambia nada las cosas.

—¿Pero qué tiene en el corazón contra mí?

—Contra ti, nada. Contra sí mismo. Piensa que ha omitido convenir contigo lo más importante. Es esto lo que le entristece tanto.

—¿Lo más importante...?

—Lo que le parece más importante a tu tío pronto debería dejar de serlo. Esto al menos es lo que a mí me parece. Y ahora me está rompiendo los cascos con eso. Esta mañana,

sabiendo que te llevaría a la siega de la avena, ¡ha venido a verme a las cinco! Bueno, para ser claros: he tenido que ser yo, ¡yo!, quien me encargue de abordar contigo esta cuestión tan importante... Lo voy a hacer. Pero no en seguida. Sabrás tener un poco de paciencia, ¿no? De momento vamos al campo, repartiré las tareas de la siega, y luego podremos hablarlo con calma. ¿A menos que tú no aguantes hasta entonces?

—Sí, al contrario, Jankel, me siento aliviado de un gran peso.

—Tu tío también, desde que acepté hablarte. En cuanto a mí, mientras no haya resuelto el asunto contigo, son dos los pesos que llevo en el corazón... Pero, hablando con franqueza, no es así. Para mí, hoy es día de siega y no voy a dejarme estropear esta jornada por vuestros problemas de judíos...

—Por lo que a mí respecta, no plantearé dificultades.

—Nada de promesas a la ligera, chico. Pudiera perfectamente ser que lo que se te exija sea muy doloroso —afirmó Jankel con una risa feroz. Una grosera risa de falsete—. ¡So-ooo, Deresch!

—¿Cómo se llama el caballo? —inquirió Alfred con un tono de nuevo jovial.

—Aquí también llamamos a los caballos según su pelaje. ¿Qué nombre le darías tú a éste?

—A mi juicio, es un blanco rodado.

—Eso es. Blanco rodado. Y aquí esto se dice *deresch*.

Deresch, un potente caballo con una crin gris ondulada y patas velludas, marchaba con un buen trote largo. Jankel tocaba apenas las riendas y paseaba su mirada por el Pueblo Viejo, como si todo el mundo estuviera ya en los campos. Sólo algunos viejos y niños muy pequeños, algunos viejos perros medio postrados, el ganado joven y las aves de corral daban vida a los patios de las granjas. Una pequeña ternera, apenas destetada, dejada sola en un reducto hecho de tablones, bramaba descorazonadoramente. En el umbral de una choza encalada de azul Bizancio, una pequeña anciana estaba sentada con un cedazo sobre las rodillas. Un viejo campesino, inclinado sobre un pozo de percha larga, subía un cubo de agua desde las profundidades. Las casas, los establos, las granjas, todo estaba cubierto de bálago, contrariamente a lo que sucedía en el Pueblo Nuevo, en el que había tejados de tablillas y hasta de palastro. Los muros de las casas eran tan pronto verdes como de un azul intenso, con estrellas aquí y allí por el lado de la calle.

—¿No llueve a través de estos tejados? —preguntó Alfred—. Las lluvias son frecuentes y abundantes por aquí, ¿no es así?

—Habrás leído u oído en algún lugar: cubiertas de bálago. Bien, pero mira un poco: ¿están estas casas cubiertas de bálago?

—Sí, de paja.

—De paja, de bálago, de acuerdo. Pero ¿*cubiertas*? No. Están *cosidas* de bálago, querido. El campesino dice: «Voy a coser mi casa». Y es exactamente lo que hace. Esta claro que no llueve en el interior. Si gotea por algún sitio es que el tejado ya no está bien. Lo mismo puede ocurrir con las techumbres de tablillas o incluso de tejas, por lo que me han contado.

—¿Cómo es que hay tantas cigüeñas?

—Es que tenemos muchas ranas.

—Claro: las he oído toda la noche.

—*A ty jurku, Skubaj kurku, Taj poschvaj chatu...* —masculló, canturreó, cantó casi el viejo Jankel, y súbitamente se echó a reír con una risa infantil que le sacudió tanto, y con él a la brisa, que Deresch, asustado, se lanzó al galope.

—Hablabas de los tejados y ello me ha recordado de pronto una tonada que cantaban los campesinos: *Llueve, llueve, Sobre la choza de Yurku, ¡Vamos, Yurku!, Despluma una gallina ¡Y cose bien tu cabaña!* Hace setenta años que conozco esta canción. Pero es la primera vez que me doy cuenta de lo divertida que es. *Despluma una gallina y cose bien tu cabaña...* Seguramente llovería dentro de ella —dijo Jankel volviendo a reírse hasta saltarle las lágrimas. Viendo la cara de pasmo de Alfred, que no sabía muy bien si reírse también él, el viejo indicó con el látigo una casa toda de blanco con tejado de tablillas, y dijo muy serio—: He aquí nuestra escuela, a la que fueron tu padre y tu tío...

Alfred se irguió involuntariamente, con aire solemne, y miró. Pasaban por delante, muy cerca; desde la brisca, por encima del cercado, se podía ver el jardincillo y las aulas vacías.

—Es un jardín con parterres para flores, pero el señor director prefiere, como puedes ver...

—Las coles y los pepinos...

—Coles y pepinos —confirmó Jankel con una profunda inclinación ante tanto saber—. Sí, el señor director Kaminjski prefiere las coles y los pepinos.

Que Welwel se ocupe de la piedad, pensó, que a mí me corresponde el buen humor del muchacho. Si Welwel continúa así, nuestro invitado estará hasta la coronilla de la casa de sus antepasados.

—Ahora deberíamos rodear el prado —dijo dibujando con la punta del látigo el círculo casi perfecto que el Pueblo Viejo formaba alrededor del espacio dejado a la hierba—. Pero ya verás, acortaremos a través del prado. Los carruajes no deben pasar por aquí, pero una cabra no es un ganado, un reservista no es un soldado, Jankel no es un administrador y una brisca no es un carruaje. No tenemos tiempo. Tu tío con sus problemas *a la judía* nos ha hecho retrasar un poco. Te mostraré a la vuelta el Pueblo Viejo; el Nuevo ya lo has visto.

Sobre el prado municipal crecía una hierba baja, tupida, pero manifiestamente sabrosa, ya que los bueyes pacían en ella a base de ávidos lengüetazos, el morro duro, como para

compensar con su aplicación la escasez del crecimiento. Piseaban, mordían, daban tirones al tapiz de hierba ruda y resistente, pero con una glotonería templada, a golpe de dientes regulares.

—Sería un campo de fútbol ideal, pero como dehesa... pobre ganado.

—No digas eso, chico: este prado es muy viejo, ha sido pisoteado y apisonado por millones de pezuñas. La hierba no crece a más altura, pero ¡cuán espesa es, cuánta savia tiene! No se verá jamás el más mínimo aflorar de tierra. Date la vuelta: ¿dónde está el rastro de nuestra brisca?

—En efecto: ni el más mínimo rastro.

—Vuestros pastos de montaña son mejores, está claro. Pero este ganado tiene otro temple. Pacea a conciencia hasta las raíces. Ya verás, a la vuelta, cómo se han llenado la panza.

Hacia los extremos, algunos bueyes se movían cada uno por su lado, pero en el centro, la masa compacta de la cabaña se desplazaba como el cuerpo de un animal gigante, dirigido por un cerebro: el animal de cabeza. Si bien Jankel hizo un rodeo para evitar el rebaño, cayeron sobre un pequeño grupo aislado, y Alfred se conmovió, lleno de una singular emoción, viendo al buey, bonachón, confiado, no temiendo ni a Deresch ni al carruaje, que no se separaba de sus verdes bocados, y cedía finalmente ante la fuerza —apartándose por las buenas o por las malas, el cuello retraído—, y continuó paciando con

un ardor y un recogimiento redoblados. Bella imagen de fervor que hizo revivir, acompañada de unas ganas de reír, en la memoria de Alfred una imagen del todo distinta, todavía reciente: los judíos en plegaria en el salón de prensa del Congreso, que no se dejaban estorbar ni por él ni por tío Stefan...

—Estos bueyes... —empezó a decir; pero se abstuvo de hacer dicha comparación, que habría dolido tanto al tío Welwel como regocijado a Jankel, y, ante su propia sorpresa, terminó la frase con otra consideración, a la cual se entregó al mismo tiempo, manifiestamente, sin darse cuenta, por cierto...—: El rebaño es tan grande que, salvo algunos animales, no ven a la vaca que siguen, pero, ¿sienten la necesidad de ello?

—Es como los hombres y sus guías —confirmó Jankel—. Salvo que hay una diferencia en favor de los bueyes. La vaca en la cabeza, como te habrán contado sin duda, se orienta en función de la calidad del prado. Si se le pasara por la cabeza conducir al rebaño hacia la mala hierba, el rebaño no la seguiría. Los hombres, ellos, no sólo pueden ver a su guía sino que lo admiran o lo siguen a cualquier parte, y a menudo perecen por ello...

En la linde del prado, Deresch se inmovilizó como si quisiera decir: «A partir de aquí no se va más lejos; yo no tengo problemas en bajar la pendiente del talud, pero en cuanto a la brisca, no quiero aceptar ninguna responsabilidad». Ésta fue aceptada de inmediato por Jankel:

—Agárrate bien, Alfred. Yendo en brisca se puede dar una vuelta de campana hacia adelante en menos que canta un gallo.

Jankel apretó las riendas acortándolas. Deresch comprendió en seguida lo que se esperaba de él. Tanteando prudentemente el terreno con sus patas delanteras, bajó con paso rígido el talud —en un momento dado la grupa del animal casi parecía estar dentro del coche—, y luego Jankel dejó ir completamente la brida y, después de un breve bandazo, llegaron a un camino transitable, mullido y polvoriento. Deresch lanzó para sí un revigorizante bufido y se lanzó abiertamente al trote entre dos campos negros recientemente labrados.

—TE DEBE DE RESULTAR muy latoso que te esté aleccionando todo el rato. Soy un viejo cascarrabias..

—¡Pero Jankel! En Viena nos pusimos de acuerdo para que os hicierais cargo de mi aprendizaje. Además, aquí todo es tan nuevo para mí que no entendería lo más mínimo sin explicaciones...

—Cierto, cierto, así lo convenimos entre nosotros —dijo Jankel con una sonrisa socarrona—. En realidad, por mi parte, no era más que un preámbulo para una nueva lección.

—Ahora sí está dispuesto a contarme lo que tanto acongoja a mi tío, ¿no es así?

—No es en eso en lo que estoy pensando. Eso ya te lo diré más tarde en el día de hoy. Pero ahora vayamos a reunirnos con los cosechadores; voy a distribuir el campo y a dar algunas explicaciones, para que así no te quedes ahí plantado como un pasmarote. ¿Ves esa amplia banda entre una verde y otra negra, por allí hacia levante? Es nuestro campo de avena.

Alfred alzó la vista y miró la tierra que se extendía hasta el horizonte. Llana y vasta. Vasta, cuando se extendía en blandas ondulaciones. Vasta, cuando se elevaba ligeramente. Vasta, cuando se desparramaba suavemente. Allí, en la hacienda, el paisaje era por un lado, al Norte, el bosque de Dobropolje, los edificios del economato en lo alto hacia el Este, y el viejo parque abandonado con sus árboles gigantes, y el Estanque pequeño y el Estanque Grande: fronteras, mojones de reposo en el divagar errático de la mirada. Pero aquí, en pleno campo, el carácter del paisaje se desvelaba aún más claramente que durante el primer paseo crepuscular con Jankel. Inmensidad y silencio, calma y extensión. Sin contenido, sin fronteras. Y eso que la mañana estaba cubierta... ¡Qué habría sido si la inmensidad se hubiera dado también en lo alto! Un doloroso presentimiento de la tarea que le aguardaba —el sentimiento que no sería tarea sencilla el aclimatarse a un país y un paisaje tan completamente extraños— aceleró con dos o tres soplos rápidos su corazón. Y tal como ocurre siempre que un paisaje

y un ser se encuentran, Alfred transfirió su estado de ánimo al paisaje y dijo:

—Aquí la campiña es triste y suave.

Jankel tomó nota mental de dicha observación con una mirada de soslayo y prosiguió:

—Tal como ya te conté, y como recordarás, en las cuerdas, por un lado trabajamos con gente casada, con un contrato anual y que en su mayoría se quedan toda su vida con nosotros, y por otro lado con jornaleros. Pero todo el pueblo participa en la cosecha, salvo los campesinos propietarios necesitados ellos mismos de alquilar mano de obra. Pero resulta que los cosechadores no trabajan por un salario. Nada de dinero. Trabajan «por el trigo», como dicen ellos, lo que significa igualmente, en lenguaje de los campesinos, «por el pan». Reciben pues su salario en especie y en directo. Cuando se recoge el grano, trabajan por las gavillas. Es decir, que si un segador ha cosechado ocho gavillas, la novena es para él. ¿Entiendes?

—Sí... Pero, señor Jankel, la campesina vieja que estaba acostada sobre la paja en la era de una granja, ¿está muriéndose?

—¿Te fijaste en ella?... Ciertamente: recibió ayer la extremaunción. Así pues, con nosotros los cosechadores trabajan por la novena gavilla.

—¿Y se deja una moribunda así, sola, con la sola compañía de un niño?

—Está enferma desde hace años. ¿Qué se puede hacer más por ella? Todo el mundo está atareado, es tiempo de cosechar... Y claro está, cada cosechador procura que se le asigne el pedazo de campo más grande posible, ¿comprendes?

—¿Son gente muy pobre?

—¿Qué gente? ¿Quién habla de gente pobre? Hablamos de cosechadores...

—La familia de la moribunda...

—¿Pobres? ¿No viste, en la era, la cantidad de grano, de trigo, y las granjas y los heniles llenos hasta los topes? ¿Y los establos? No, ese campesino tiene los riñones bien forrados. Así, como este año hemos sembrado tanta avena, cabría esperar que sea un juego de niños distribuir un campo así de grande entre los cosechadores...

—¿Es cierto que los campesinos dan poca importancia a la muerte?

—¿Es acaso en los periódicos donde has leído tal cosa? Pues bien, no es cierto.

—He leído, sí, pero no en los periódicos, que los campesinos de aquí mueren de forma tan silenciosa, de manera tan natural que un animal, que una planta...

—¡Pues claro! ¡De forma natural! Como el árbol. Como el arbusto. Como la florecilla. Crece, florece, se marchita, alabanza al Señor: ¡Qué bienaventuranza morir! ¡Bah! ¿Quién os cuenta esas monsergas?

—Admitirá que hay algo de cierto en ello. Hace un rato, a propósito de la campesina vieja...

—Ten por seguro que *aquí* hay una diferencia. Y si te interesa tanto esta diferencia, puedo decirte en qué consiste, más o menos: el campesino pobre tiene menos reparo en morirse porque no ha tenido una vida fácil. Más dura ha sido la vida, más ligero será el morir. Eso en el campo, en los pueblos. ¿Y en la ciudad? Supongo que en la gran ciudad también; el obrero que ha arrimado el hombro todos los días se deja morir más fácilmente que el empresario o el gran banquero.

—Es verdad. Y aun así...

—El campesino rico se va de este mundo con el mismo disgusto que el rico de la gran ciudad, créeme. A pesar de ello, sí, hay una diferencia. Pero sólo se trata de una diferencia en las costumbres, en las formas. Por otro lado, es rarísimo ver a alguien fallecer con ganas. Pero ahora dejemos a Katerina Philipowiczewa morir en paz, ¿quieres?

—Era una simple idea que me pasó por la cabeza. Le pido excusas.

—Cuando alguien te hable y una idea te pasa por la cabeza, como dices, déjala seguir su camino y escucha lo que te dicen —sentenció Jankel, con los pelos del bigote erizados.

¡Un poco más y me cae un rapapolvo!, se dijo Alfred. La imagen del viejo Jankel propinándole una «torta», incluso...

¡una *Sachertorte!* (ya que Alfred pensó en vienés) llenó al joven de alocada alegría y reventó de risa.

—Soooo... ¡Deresch! —prorrumpió Jankel, deteniendo el carruaje. Hacía rato que nuestro hombre no tenía un acceso de hilaridad.

—¿Sabe usted, Jankel, lo último que me ha pasado por la cabeza ahora mismo? «Uno de estos días me caerá un buen sopapo del bueno de Jankel.» Adopta usted un aire tan severo...

—¿Qué? —se indignó el viejo, el bigote de repente liso—. Que yo te... —dijo, dando rienda suelta a su sorpresa, como si Alfred se hubiera arrogado indebidamente una alta distinción. Dejó que Deresch se pusiera de nuevo en marcha—. ¡Te castigaré obligándote a permanecer de rodillas, sobre la sal! —Y también él se rio—. Como decía, hemos plantado mucha avena este año. Los cosechadores trabajan por la novena gavilla. Se podría pensar que es una bagatela esto de repartir el campo entre los segadores... ¿Lo has pillado todo?

—Sí.

—¿Mientras hablas de algo totalmente distinto?

—Cuando vi a la enferma estaba pensando en tío Welwel y sus preocupaciones. Apenas presté atención a la vieja tumbada. Ha sido solamente después, cuando la dejamos atrás, y tomé cabal conciencia de ella. De hecho, esto le pasa a todo el mundo, ¿no?

—Cierto. Pero no siempre con tal desfase. No en mi caso, por ejemplo. En mí todas las cosas aparecen disciplinadamente una detrás de la otra.

—Vale, ¿pero por qué es un problema repartir el campo de avena?

—Es necesario que cada cosechador reciba la parte de trabajo que le corresponde. De hecho, es muy simple. Tú cuentas los campesinos que han venido para la siega; el campo ya lo conoces. Tantas hectáreas para tantos cosechadores: es cosa de niños, ¿verdad?

—Parece que sí.

—Lo parece... Pero sólo lo parece. Hay segadores y segadores, y en un campo de avena no hay dos hectáreas iguales. Y aquí donde estamos, Iwan no es Stepan. Iwan es un campesino pobre, siempre está disponible cuando lo necesitamos. Stepan, en cambio, es un campesino rico; este año no ha ayudado ni para el centeno ni para el trigo. El producto de sus campos basta ampliamente para todas sus necesidades, incluyendo a mujer, niños y criados. A decir verdad, es en el ganado en lo primero que piensa, y aquí estamos: para sus bestias, para su ganado el campesino no tiene nunca bastante... Así que hoy está en el campo de avena, se te acerca y te suelta: «¡Dios le bendiga, señor administrador!».

—A ése le daba yo una franja bien pequeña, ¡y nada más...!

—Y nada más... ¡Si fuera tan sencillo! Pero no es posible. Stepan es un hombre bien visto en el pueblo. Es consejero municipal, tiene su bancada en la iglesia. Y en cambio, Iwan, mira por dónde, el pobre Iwan —quien por supuesto tiene envidia de Stepan— pondría unos ojos como platos si por casualidad se quisiera ofender o rebajar al digno cultivador Stepan, aunque él no renunciará jamás a la parte mayor a la que tiene derecho por sus decenas de años de leales y buenos servicios.

—En efecto, no es tan sencillo —dijo Alfred, quien en sus pensamientos estaba junto a su tío Welwel; pero la cuestión empezaba a interesarle—. Debería todo sin embargo regirse por el principio: un cosechador vale igual que otro; hectárea igual a hectárea. Eso sería igualdad y justicia.

—El campesino se ríe de tu justicia y todavía más de la igualdad. ¿Qué crees que saldría de ese principio? Nada más que descontento, riñas y disputas, inmediatamente, en el campo mismo. El campesino de aquí no tiene ningún sentido de la igualdad.

—Siento mucha curiosidad por saber cómo te las arreglas, Jankel.

—No es sencillo, sin que por ello haga falta ser ningún mago. El campo no se divide en hectáreas como una huerta en porciones cuadradas. El campo es un todo: una hogaza de pan. Hay que cortar la hogaza en rebanadas y repartir con calma, de manera apropiada. No se reparte el campo en metros,

decámetros y hectómetros, no, se mide con pasos la linde y se cuentan los pasos. Lo que deja un margen, cierta libertad en las cifras. Para tal operación debes comportarte como un buen maestro de escuela. ¿Quién sabe mejor lo que merece tal o cual alumno: el institutor o la clase?

—La clase, siempre.

—Lo mismo pasa con los campesinos: son ellos los que saben mejor lo que es el merecido de cada uno de ellos. Actúas pues como si fueras *tú* el juez, cuando en realidad recortas siguiendo *su* juicio. ¡Pero que no se note...!

—¿Cómo se hace, entonces?

—Pronto lo verás. Pero es también para que comprendas y saques provecho de ello por lo que te he preparado. Si no toda esta ceremonia te habría sin duda aburrido.

—Es muy amable por su parte, Jankel. Pero lo mejor, para que pueda seguir todo esto de la manera más atenta posible, sería que me contara primero cuáles son las intenciones de mi tío Welwel respecto a mí. Esta cuestión no deja de dar vueltas en la cabeza.

—¡Qué cabeza! Piensas en la vieja campesina enferma, en la muerte del campesino y del habitante de la ciudad, escuchas lo que te cuento y hasta lo retienes, ¡y por encima de todos estos pensamientos piensas todavía en tu tío...! No me extraña que tu cabeza te dé vueltas. Mi cabeza no puede seguirte.

Procedo según un orden. Primero la avena, y luego el tío. Un día de cosecha es un gran día, con faena hasta nunca acabar.

—Dígame, indíqueme al menos en una palabra lo que mi tío quiere de mí...

—Más tarde.

—¿Es algo que tiene que ver con el judaísmo?

—¡Adivinaste! Cuando tu tío está preocupado, ten por seguro que siempre es algo relacionado con las cosas judías.

—Si no se trata más de eso.. —dijo Alfred, aliviado.

—Y te prevengo una vez más: no te lo tomes a la ligera. Hay temas del judaísmo que pueden ser muy dolorosos... —dijo Jankel, y nuevamente se rio de modo falso y teatral.

Deresch tuvo que pasar con la brisca por dos o tres so-cavones acolchados de musgo, y hasta en una ocasión por un riachuelo, luego atajó a través de un prado que el riachuelo dividía en dos y que bordeaba, por la derecha, un campo de patatas, y por la izquierda un campo de nabos. El prado estaba mullido y húmedo, se veía que las lluvias de los últimos días lo habían inundado; el agua había dejado unos regueros de lodo bajo los cuales la hierba había palidecido, detenida en su crecimiento.

—Este campo de patatas es nuestro. Todos los campos que has visto hasta ahora son de los campesinos. Después de las patatas, aunque todavía no se ve el final del campo, allí, detrás de la primera curva, ya está la avena. Hubiéramos podido

tomar el camino pero es mucho más corto cortando a través del campo comunal y por aquí...

—Quizá debería haberme quedado en casa, si mi tío se preocupa de ese modo...

—Podemos dar media vuelta de inmediato —propuso Jankel con aire furioso acortando la correa izquierda.

Deresch lazó de lado una pata delantera; pero tenía las orejas en dirección al campo de avena, en el que olfateaba ya a los segadores, y sólo simulaba, jugando, que se ajustaba a la falsa orden.

—Excúseme, Jankel —dijo Alfred poniendo las manos sobre las riendas—. No era más que una manera de hablar.

Si bien la mano vacilante tan sólo había rozado las riendas, Deresch disipó el malentendido lanzándose con paso vivo y la cabeza erguida hacia la curva al final de la cual aparecía el campo de avena y el grupo variopinto de cosechadores. Prorrumpió en un largo relincho, en un tono ascendente, a fin de saludar a los cosechadores; de su conjunto se destacaba un jinete, quien a pesar del estimulante saludo brindado por su montura, parsimoniosamente se puso delante de la brisca. A lo que parecía, los dos animales sentían en el reencuentro una alegría más pura que la de sus respectivos dueños.

—¿Reconoces al jinete?—preguntó Jankel.

—¿Pero cómo es posible? ¿El tío Welwel? —dijo Alfred con sorpresa y manifiesta alegría.

—¡Estás ya como una chota con tu tío! —exclamó Jankel, irritado—. ¿Cómo podría él estar aquí? Por otra parte, llegarás a viejo antes de ver a tu tío montado a caballo. Sabe montar, sí, pero hace años que no lo hace.

—Es porque lleva barba el jinete ése —se justificó Alfred.

—No, tan sólo una perilla, además rubia, ¿no lo ves?

—No. Sí. Ahora lo reconozco. Es... Sí, es el señor Domanski.

—Pues sí, es nuestro ecónomo. ¡Seeñor deee Domanski!

—¿De veras? ¿Es un «Señor de»?

—Por supuesto. Ellos, son todos «señores de». Todos señores, ni uno sólo para cuidar de los cerdos.

—¿Usted, Jankel, prefiere a los ucranianos?

—¿Quién te ha dicho eso?

—Me he fijado. Cuando hemos pasado del Pueblo Nuevo al Pueblo Viejo, su actitud ha cambiado completamente.

—¡No paras de captar cosas! ¡Eres tremendo!

—Es lo que efectivamente he visto, en todo caso.

—No es algo que se zanje con una frase. Todavía eres tan sólo un chaval. Sí, como un chaval. ¿Quién te gusta más? ¿Papá? ¿Mamá? ¿La tía? ¿O el chocolate...?

—¡Me he dado perfecta cuenta! —insistió Alfred con una obstinación ciertamente infantil.

—Quiero a papá, a mamá, a la tía y al chocolate, todos lo mismo.

—¡No y no...! Lo he visto muy bien.

—Quizá. Quizá, niño grandote. Volveremos a hablar de ello, seriamente. Pero con una condición: que quede entre nosotros, pase lo que pase, ¿eh?

—De acuerdo.

—Tu tío, entiendes, tu tío es un patriota polaco. Y tiene razón. Pero yo también tengo razón. Y cuando dos personas tienen una opinión distinta, teniendo ambas razón, estamos siempre en una situación muy delicada. En resumidas cuentas, nuestro ecónomo es un hombre capaz, una persona de bien. Cuenta con toda mi estima.

Domanski dirigió a Alfred unos «Buenos días» ceremoniosos —ya había visto a Jankel en la cuadra cuando el primer reparto de forraje— y se unió a ellos. Los dos animales, que eran vecinos de compartimiento, reanudaron la marcha con idéntico movimiento, sin parar de rozar y de frotar el uno contra el otro sus morros trémulos, hacia los cosechadores.



HOMBRES, MUJERES, ADOLESCENTES, todo el tropel instalado en grupos variados por la pradera, se agitó poniéndose en movimiento. Los que estaban tumbados levantaron sus troncos sobre sus posaderas. Los que estaban sentados se pusieron de pie. Los que estaban de pie se arreglaban. Los hombres se subían sus anchos cinturones de cuero. Las mujeres alisaban sus vestidos, sus chaquetas, se ajustaban los pañuelos. Todo ello sin prisa, en un tedio lleno de dignidad campesina.

—¡Dios conceda su Bendición! —proclamó Jankel a voz en grito. Detuvo a Deresch, saltó de la brisca sobre la hierba tierna del pequeño valle y ayudó a Alfred a bajar.

—¡Que Dios la conceda! —respondió un coro de voces entremezcladas, voces graves de hombres, agudas de mujeres, chillidos claros de niños.

Un joven campesino cogió las riendas que Jankel le había lanzado, quitó la brida y los arreos de cabeza de Deresch y procedió a desengancharle.

Jankel cogió a Alfred de la mano y le condujo, cual si fuera un alumno nuevo en una escuela, ante los campesinos.

—Sé amable. Pero sobre todo nada de zalemas, nada de reverencias, se reirían de ti en seguida —le aconsejó a Alfred con gravedad, como si les amenazara Dios sabe de qué peligro. De camino hacia los segadores, Alfred se descubrió y sostuvo su sombrero, apretándolo, contra su hombro izquierdo.

—Hmm —dijo Jankel, descontento—. Hmm, hmm —hizo nuevamente Jankel, quien lo acercó más hacia él y se situó a algunos pasos del agrupamiento.

—Campesinos de Dobropolje —declaró Jankel con una voz que resonó en los campos de los alrededores—: este joven es el sobrino del propietario de la hacienda.

Los campesinos se quitaron los sombreros, las campesinas se abalanzaron hacia delante tirando de sus pañuelos y observaron a Alfred de pies a cabeza como si de un objeto inanimado se tratara. Alfred se quitó de nuevo el sombrero, y esta vez Jankel inclinó furtivamente la cabeza en signo de aprobación.

—Es el hijo del hermano del propietario, el hijo de Jochko, caído en la guerra. Los mayores de entre vosotros todavía se acordarán de Jochko, que Dios tenga su alma. El amo de nuestra hacienda, como sabéis, no tiene hijos, y por eso ha decidido adoptar al hijo de su hermano. Ved pues en este joven a nuestro heredero, al futuro propietario de la hacienda, si Dios quiere. Que aquellos que todavía se acuerdan del padre, de nuestro Jochko, den un paso hacia adelante.

Eran numerosos los que aún se acordaban de Jochko. Pero ninguno de ellos se acercó. Debían primero ponerse de acuerdo entre ellos: quién se acordaba y quién no, y celebraron conciliábulo unos instantes. Al cabo, algunos se aproximaron con paso resuelto, se aclararon la voz, alisaron y ajustaron con el dorso de la mano sus bigotes, como si se les ofreciera una bebida, y se dispusieron en fila bien alineada ante Jankel.

—Tiendes la mano a cada uno de ellos, esto bastará como saludo de presentación —susurró Jankel a la oreja del futuro propietario de la hacienda y le imprimió un ligero impulso. Alfred avanzó algunos pasos e hizo tal como le había dicho Jankel. Estrechó algunas manos pesadas, duras y secas como la madera. Vio rostros surcados de arrugas, tostados al sol, en los que los pómulos lucían como frotados con aceite; ojos francos, tranquilos y buenos; ojos entornados, taimados, desconfiados. Vio cabezas de pelo rapado al estilo monje, nucas poderosas como de tenso cuero color pardo. Durante este rato, los otros,

ya fueran quienes no podían haber conocido a Jochko, como la nueva generación, o aquellos, hombres y mujeres por igual, que no osaban acordarse de él «delante de tanta gente», hacían su valoración del joven amo y emitían su juicio, a menudo sin mediar palabra, únicamente con sus miradas escrutadoras y expresivas, pero también en voz alta e inteligible, aun cuando no supieran, todavía, que el joven no comprendía su lengua.

—Está bien, este señorito, pero ¡cómo es de enclenque y de flacucho!

—Debe de estar enfermo, el pobre.

—Es de esos que no come ni diez bocados para almorzar.

—Mira sus botines. Parecen los de una damisela de la ciudad.

—¡Y el sombrero! Ligero como una pluma.

—Ha cursado estudios, amigo: tiene la cabeza llena, en cambio tú, Pretussju, si te pones sobre la cabeza vacía un sombrero así de ligero, ya te digo que saldrás volando hasta Nabojki.

—Tiene toda la pinta de un cristiano.

—Es un cristiano...

—Pero tiene que ser más bien un judío.

—¿Pero qué cuentas? Su padre se convirtió a la verdadera fe. ¿No te enteraste? Incluso el viejo Juda quiso ahogarle en el Gran Estanque, pero Jankel se tiró al agua y lo sacó.

—Nada de eso. Su padre, Jochko, se hizo doctor, se marchó a Viena y allí se hizo turco.

—Era un verdadero creyente, te lo aseguro. Pregunta al viejo Furtak, quien me lo dijo enseguida...

—Aun así se marchó a vivir a Viena, y en Viena no hay más que turcos.

—¡Son baptistas, en Viena, no turcos!

—Si fuera cristiano, ¿cómo es posible que herede de un judío?

—Kassunja, ¿si tuvieras una camisa así, una camiseta tan bonita, serías capaz de cortar de ellas una cintas para tu corona de novia, di, Kassunja?

—Por lo que parece no comprende nuestra lengua.

—¿Qué? Él, un sabio, ¿no entendería nuestra forma de hablar?

—Te lo digo, no comprende.

—¿No has oído cómo el administrador le habla?

—En alemán, el administrador le habla en alemán. Escucha si no...

—Será un buen amo. Su padre, una vez, ofreció diez barriles de cerveza para la fiesta de la cosecha. Diez barriles, te digo.

—Y para las chicas bebida de cereza. Y bailó tanto que la muchacha, ¡patapúm! Cayó muerta de cansancio sobre la hierba. Pero no había parado hasta aquel momento. Ése sí que

era un bailaror. No tienes más que preguntar a la vieja Kobylanska.

—¡Eh, Kobylanska, Kassja! ¿Bailarás con el hijo como bailaste con el padre, verdad?

—Está a punto de darle la mano. Fíjate cómo se echa hacia adelante.

—¡Le apretujaría alguna otra cosa, la muy vampira!

La mano derecha sobre la cadera, la otra sosteniendo su rostro ladeado, Kassja Kobylanska, la belleza ya algo entrada en años del pueblo, estaba junto a Jankel y dirigía a Alfred unas miradas chisporroteantes de curiosidad y desbordantes de complacencia maternal. Cuando el minucioso ceremonial de estrechar las manos a los hombres hubo terminado, Kassja fue hacia donde estaba Alfred y, lanzando a todo su alrededor una mirada de desafío, dijo a Jankel:

—¿Por qué sólo los hombres? También nosotras las mujeres nos acordamos todavía de Jochko —hablaba bien alto, todo el mundo la oía—. Nos acordamos quizá incluso mejor que los hombres que no piensan más que en contar sus hazañas en la guerra —añadió tendiéndole la mano a Alfred.

El joven la tomó y se inclinó ante la formidable campesina. Un poco demasiado, aparentemente: por el lado de las mujeres, las chicas jóvenes se pusieron a reír por lo bajo, mientras los campesinos sonreían con incomodidad; un adolescente lanzó un estridente «¡Ha! ¡Ha!» y Jankel masculló de nuevo

«Humm, humm». Pero la campesina, decidida a triunfar sobre las risotadas, no cedió. En un momento dado, tiró para sí la mano de Alfred tan firmemente que el brazo de éste se puso horizontal, luego lanzó su propia mano muy hacia adelante, de tal modo que rozó el busto del joven, y empezó a tirar y a empujar —para aquí, para allá— como si estuvieran cortando un tronco con una gran sierra. Poniendo un punto final a esa poderosa escena, Jankel batió de palmas, se quitó la blusa, la lanzó al borde del campo y se dirigió con pasos cortos y rápidos hacia la franja de hierba que separaba el campo de avena del campo de patatas, dio media vuelta hacia los segadores y tomó posición, tieso como un palo. La chaqueta muy corta, las largas mangas, las cañas de las botas relucientes juntas una con otra le daban el aspecto de un danzador grotesco que se apresta a saltar. En el silencio completo que se había instaurado, se oyó el susurro sedoso de las campanillas de la avena y el suave zumbido metálico de los insectos.